

INTRODUCCIÓN A LA ESPIRITUALIDAD BÍBLICA. Un libro de Fidel Aizpurúa

El texto culmen de la espiritualidad en el evangelio de Juan es “Vendremos a él y pondremos nuestra morada en él” (Juan 14,23). Dios ha venido a quedarse en el estrato más profundo de la realidad personal (la vida puede ser cada día nueva, con los valores decisivos de las bienaventuranzas) y de la realidad histórica (el reinado de Dios).

La Palabra es la comprobación de esta verdad: la historia no está sola, desamparada, a la intemperie. Quien lea la Palabra y no experimente que su desamparo vital mengua, que su ánimo resurge, modesto pero imparable, no ha leído bien.

Pero, para vibrar ante el texto bíblico se precisa “tener hambre y sed”. La desgana hace que el alimento de la Palabra sea soso. Si “arde el corazón”, como el de la pareja de Emaús, si están activados el amor y el deseo, el anhelo y la búsqueda, es entonces cuando es posible sumergirse en la espiritualidad bíblica. La Palabra es para personas de ojos abiertos, preguntonas, profundizadoras en la realidad.

La Palabra convoca al diálogo, a la pregunta, a la colaboración, al encuentro, para vivir con espíritu y con entrega. Y tiene un indudable componente social. Si la Palabra no cae en el campo de la vida, de la sociedad, queda estéril. No hay que tener miedo a actualizarla, a iluminar con ella las situaciones en que estamos a diario. Detrás de las nieblas de nuestra existencia histórica brilla el hermoso sol de la Plenitud de Jesús.

Dios se manifiesta, antes que en la palabra, en la misma densidad de las cosas, personas y acontecimientos, y es ahí donde quiere ser escuchado, servido y amado. El Dios bíblico es el Dios de la vida y de la historia. La Biblia es un mensaje de esperanza: los textos bíblicos más sugestivos y creadores de sentido fueron producidos en tiempo de crisis.

La Biblia no es un documento del pasado, sino una voz del presente que muestra nuevas reservas de sentido, un potencial utópico generador de esperanza. ¿Puede una palabra mítica, como es la Escritura, nacida en sociedades preindustriales, ser iluminadora para lograr una nueva espiritualidad en un contexto social totalmente distinto? Sí, si la situamos en el ámbito de las más elementales y básicas experiencias de lo humano. Y si, además, la situamos en la dinámica de cambio continuo en que vive nuestra sociedad.

Tanto para el Primer Testamento como, sobre todo, para el Nuevo, el valor innegociable, el absoluto, por extraño que parezca, no es Dios, sino la persona humana y persiste siempre la utopía de la fraternidad. Isaías (5, 1 y siguientes) propone la justicia y el derecho como fruto de la relación con Dios, y Juan (13, 34-35) empuja al mandamiento del amor relacional. Se pide una lectura “arriesgada” del texto, que no puede ser un conjunto compacto de ideología, sino una apuesta que aliente la aventura humana. El texto no habla para otros, implica biográficamente la vida de quienes lo leemos. La vida toda puede estar envuelta y alentada por la Palabra. Y la espiritualidad bíblica es comunitaria, dirigida a una comunidad exultante, vital y fraternal.

La espiritualidad, según el Nuevo Testamento, es dejarse conducir e impulsar por el Espíritu de Jesús, que nos acompaña en su seguimiento, para humanizar la existencia y lograr una sociedad nueva.

El culmen de la espiritualidad bíblica cristiana es el seguimiento de Jesús. Dice Jon Sobrino que *“el Espíritu actualiza a Jesús”*. Eso es distinto y más que una simple *“imitación”* de Jesús. Implica totalmente a una persona autónoma en un continuo tomar decisiones y actuar desde la perspectiva del Evangelio. El seguimiento es imposible sin una opción por la justicia y una solidaridad honda con las personas pobres. Se es tanto más seguidor de Jesús cuanto más se entrega la vida. Quien sigue a Jesús se lanza de lleno a vivir en sí mismo y en los demás la más elemental de las vocaciones: la de estar llamado a vivir y dar vida.

La Espiritualidad Bíblica ha tenido etapas históricas personales, sociales y comunitarias. Las primeras comunidades tuvieron una espiritualidad de amparo, acompañamiento y resistencia: *“La Palabra es lámpara que brilla en la oscuridad hasta que despunte el día y el lucero nazca en nuestros corazones”* (2ª Pedro 1, 19). Y tuvieron conciencia de que la Palabra era un bien para la comunidad: *“Ante todo tened presente que ninguna predicción de la Escritura está a merced de interpretaciones personales”* (2ª Pedro 1, 20). La Palabra es una realidad viva, engendradora de vida.

A veces la espiritualidad bíblica se hace canto. Un ejemplo es la espiritualidad de Taizé. En la comunidad que canta, cada persona queda vinculada con lo que ora, en un silencio habitado y de conciencia de amparo vital, en la profundidad y verdad de su propio ser.

Los pobres son evangelizados: *“Hay que alegrarse de que gente humilde y pobre puede tomar la Biblia en sus manos y aportar a su interpretación una luz más penetrante desde el punto de vista espiritual y existencial que la que viene de una ciencia segura de sí misma”* (La Interpretación de la Biblia en la Iglesia. Documento de la Comisión Bíblica. 1993).

En nuestro tiempo todo reclama un nuevo lenguaje, lenguaje de ahora y de la calle, sobre Dios, y una versión, fundamentada en el texto original, y acorde con la mentalidad actual. La lectura de la Palabra no se puede hacer a espaldas de los hallazgos científicos y de los grandes pensadores de hoy. En el campo de la ética laica sus aportaciones pueden ser muy beneficiosas. En un tiempo de dudas puede ayudarnos a construir certezas necesarias para vivir con sentido. Sobre todo la certeza de que hemos sido queridos, deseados y amados, y confianza de que el amor tendrá la última palabra. *“La esperanza que no muere se basa en la convicción de que el amor no muere y el verdugo no triunfará sobre la víctima”* (J. Sobrino *“Espiritualidad y seguimiento”*). En una nueva espiritualidad de confluencia habría que centrarse no en cuestiones religiosas, sino en los grandes problemas de la vida humana y planetaria. La Biblia no es patrimonio exclusivo de los creyentes, sino un tesoro de la humanidad. Claro que hay quienes leyendo la Biblia deforman a Jesús, sean creyentes o no.

Hay que hacer un acercamiento vivencial a La Palabra, personalizado, de modo que los textos no pierdan su sabor. Y una lectura comunitaria, avalada por la presencia del Espíritu, en que cada quien diga lo que el texto le sugiere, también el que sea considerado *“menor”* o *“más pequeño”* (Mc 9, 35). Y vivir juntos la aventura de crear sentido. Como Jesús, que al leer la Escritura hacía nuevo el texto y *“enseñaba con autoridad”* (Mc 1, 27). En comunión con el mundo y la humanidad entera, con una mirada benigna y compasiva sobre la sociedad. Recordando a anteriores generaciones y proyectada al futuro, porque los mismos problemas se presentan constantemente en la historia y, en variedad de formas y culturas, aparece la unidad y solidaridad del género humano.

Javier Pagola